

cabrosos y mas quebrados recodos, algun célebre santuario de la excelsa Virgen, en cuyas paredes cuelgan los retablos que atestiguan la confianza de los naturales, y despiertan la de los transeuntes. Bien supimos lo que hacíamos cuando, pobres pecadores, nos cobijamos bajo su manto para sustraernos á la ira del cielo. Peguémonos á su saya maternal. Roguémosla del fondo de nuestros corazones que por piedad no nos desampare. Protestémosle afectuosamente que, si grato nos es el reconocer como venidos de ella todos los bienes de la naturaleza, mucho mas nos lo es esperar de la misma los bienes mucho mas apreciables de la gracia; y que de ella esperamos, por fin, tener entrada en aquellas puertas que nos abrió; que de ella esperamos aquella vida que de ella nos vino: *Qui me invenerit, inveniet vitam.*

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA.

Ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. (Luc. 1).

Hé aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús.

1. Si todas las naciones celebraron siempre el dia... Si el gentilismo celebraba la época... Si á Salomon le faltaban expresiones para...: ¿con qué gozo, con qué afecto..., debe el linaje humano celebrar este dia felicísimo en que...?
2. Para esto bajó Dios del cielo á la tierra... Bajó del cielo, pero no dejó de estar en el cielo, porque haciéndose hombre no dejó de ser Dios...
3. ¿Cómo puede Dios, dice el presumido filósofo, unirse con el hombre, ser inmortal y morir, etc.?
4. Á los que tal preguntan, les preguntaria yo con san Agustín: ¿Cómo en un mismo hombre...? Dices que no entiendes el misterio, pero *intelligere vis? Crede.* La fe no debe seguir á la razon, sino esta á la fe...
5. Supuesta, pues, la fe del misterio de la Encarnacion...; procuremos excitar en nuestros corazones... Para ésto bastará ponderar QUIÉN vino, por QUIÉN vino, y en QUIÉN se obró tan adorable misterio. Alcanzadme, ó Virgen santísima,...

Primera parte: ¿QUIÉN vino?

6. ¿Quién bajó de la cumbre del empíreo...? ¿Acaso un Ángel...? No: el que vino es el que estaba anunciado: *Deus ipse veniet, et salvabit vos...* Á Moisés le confió la libertad del pueblo hebreo; á Josué la introduccion del mismo en la tierra prometida... Para sí mismo reservó el librar al hombre de la esclavitud del pecado y del demonio: *Deus ipse veniet...*

7. *Veni, Domine, et noli tardare*, clamaban los antiguos Padres y Patriarcas... Miserable estado del mundo desde el pecado de Adán hasta la venida de Cristo...

8. Vino, por fin, hecho hombre el Unigénito del Padre, y ved aquí renovado el mundo. ¡Qué otro aspecto! ¡qué otras costumbres! Ya no es la tierra... Ya se consagran á Dios los que... Ya se pisan las honras... *A facie Domini mota est terra*, etc.

9. Por el pronto los gentiles calificaron de locura este misterio, pero, hecha reflexion, conocieron que no podia idearse otro medio mas eficaz para... Ya Sócrates con la sola luz natural llegó á conocer...

10. Vino el Hijo de Dios, y *reprobó lo malo, y eligió lo bueno*... Bienes que nos proporcionó su venida... ¡Felices los que supieron aprovecharse de...! ¡Infelices aquellos que cerrando los ojos...! Para estos, dice san Bernardo, vino como si no hubiera venido.

Segunda parte: ¿Por QUIÉN vino?

11. ¿Por quién bajó del cielo á la tierra el Hijo de Dios? *Propter nos homines et propter nostram salutem. — Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis. — Sic Deus dilexit mundum, ut*, etc.

12. ¿Qué comparacion puede haber entre los beneficios de la creacion y los de la encarnacion? Entonces nos dió la tierra con... Ahora nos da su propio Hijo..., y esto *cum inimici essemus*. Confesemos con san Pablo que *propter nimiam charitatem*, etc.

13. *Cum illo omnia nobis donavit*... Avergüenzate, hombre, dice san Agustin, *pudeat non redamare pro tanto amore*...

14. ¿Para qué vino el Señor? Para librarnos del pecado y rescatarnos de la... Para ello podia escoger otro de los innumerables medios..., pero prefirió el mas costoso á sí mismo..!

15. Argumento de los gentiles contra la Encarnacion... Para desvanecerlo basta responder con san Pablo: *Propter nimiam charitatem qua dilexit nos*...

Tercera parte: ¿En QUIÉN se obró tan adorable misterio?

16. Hora es ya, ó Virgen santa, de volver á Vos nuestra consideracion. Vos fuísteis... Enamorado Dios de vuestra pureza... Para esto envió un celestial paraninfo... Solo se esperaba vuestro consentimiento, y lo dísteis diciendo: *Fiat mihi*, etc. ¡Oh *fiat!* exclama

santo Tomás de Villanueva... Con un *fiat* formó Dios el mundo: con un *fiat* de la Virgen se obró...

17. Prodigios de Josué, de san Pablo... ¿Qué comparacion pueden tener tales obras con la que se ejecutó en el seno de María?... ¿Qué maravilla puede igualarse á esta?... Bien podia Dios ejecutarla sin su consentimiento, pero... *Fecit mihi magna qui potens est*, exclama María... ¡Oh dignacion admirable de la divina bondad! ¡Oh privilegio de la Virgen...! ¿Quién será capaz, decia san Agustin, *Quis tibi digne valeat jura gratiarum ac laudum præconia rependere*...?

18. Correspondamos agradecidos á nuestro buen Dios..., y á la Virgen Madre... Manifestemos con himnos y alabanzas..., y sobre todo con obras virtuosas... Así podremos esperar...

SERMON II

SOBRE

LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA.

Ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. (Luc. 1).

Hé aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús.

1. Si todas las naciones que se precian de racionales han mirado siempre como justo tributo de su reconocimiento celebrar el día en que tuvo principio su dicha ó su restauracion: si el gentilismo celebraba con sumo regocijo la época en que creía por la ficción de sus poetas haber bajado del cielo á sus templos alguna deidad para su amparo y consuelo: si al sapientísimo rey Salomon le faltaban al parecer expresiones para manifestar no menos su gozo que su asombro, cuando contemplaba lleno de la divina Majestad el magnífico templo consagrado á su culto¹; ¿con qué gozo, con qué afecto, con qué demostraciones de admiracion y respeto debe celebrar todo el linaje humano este día felicísimo en que descendió del cielo á la tierra, y llenó con su soberana presencia el templo animado de la Virgen santísima, no en sombras ó figuras, el Dios, no fingido, sino verdadero y único, supremo Criador y Señor del universo con toda su grandeza, para desterrar del mundo la mas deplorable miseria, y dar principio á la grande obra de la redencion, de la cual pendía nuestra felicidad?

2. Para tan importante fin bajó Dios del cielo á la tierra. No penseis, amados oyentes, que bajó el Hijo de Dios dejando el cielo. Bajó, dicen los Padres de la Iglesia², tomando la naturaleza humana: bajó haciéndose hombre en las entrañas de la Virgen: bajó uniendo la naturaleza humana con la divina en la misma persona. Pero bajando á la tierra quedó el mismo Dios en el cielo; porque haciéndose hombre no dejó de ser Dios inmenso, infinito, eterno. El mismo Hijo de Dios humanado, cuando conversaba en el mundo,

¹ III Reg. viii. — ² Aug. in Joan. tract. XII.

dijo que habia bajado del cielo, y que estaba en el cielo de donde habia bajado¹.

3. En esta infalible verdad, que es el blason mas glorioso de la religion cristiana; en este altísimo misterio, que no se hartan de contemplar los mas ilustrados ingenios, el presumido filósofo solo halla materia de irrisión ó censura. ¿Cómo puede, dice, unirse Dios con el hombre; ser un mismo sujeto inmortal, infinito, eterno segun una naturaleza, y segun otra padecer, morir y mostrarse flaco?

4. No es este, amados oyentes, lugar de disputas: ni es justo, dice sábiamente san Máximo, examinar con ellas un misterio que declararon tantos oráculos, que confirmaron tantos prodigios, que selló la sangre de tantos mártires, que confiesa constante la fe de tantos siglos. Á los que preguntan cómo puede unirse la naturaleza divina con la humana en un mismo sujeto, les preguntaria yo con el Padre san Agustin²: ¿Cómo en un mismo hombre se une el alma con el cuerpo; el alma que es inmortal y espiritual, con el cuerpo material y corruptible? Si el mas atrevido filósofo no pudo hasta ahora explicar esta union, con ser natural, y tenerla en sí mismo; ¿qué mucho no pueda explicar ni comprender aquella union admirable que fue la obra mas alta de la divina Omnipotencia? ¿Será tanta su presuncion, que quiera medir todo el poder infinito de Dios con sus limitados alcances? Confesemos con profundo rendimiento que Dios puede hacer mucho mas de lo que nuestra razon puede alcanzar. Dices, hombre arrogante, que no entiendes el misterio. Es así que no lo entiendes; pero ¿quieres, te dice Agustin, entenderlo³? Cree. Si no creéis, no entenderéis, dijo Dios por su Profeta⁴. La fe no debe seguir las escasas trémulas luces de la razon; antes la razon debe seguir la resplandeciente antorcha de la fe, si no quiere tropezar á cada paso entre las tinieblas de este mundo.

5. Supuesta, pues, la firmísima fe del misterio de la Encarnacion; supuesto que descendió el Hijo de Dios del mas alto trono al tálamo virginal de María, tomando en él la naturaleza humana, y uniéndola con la divina en una misma persona, que es la segunda de la santísima Trinidad; procuremos excitar en nuestros corazones el justo reconocimiento, considerando la fineza inestimable que

¹ Nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis qui est in cœlo. (Joan. iii, 13).

² Aug. ep. CXXXVII ad Volus, n. 11. — ³ Aug. *Intelligere vis? Crede.* (Tract. XXIX in Joan. n. 6). — ⁴ Isai. vii, 9. Secund. septuag. Interpr.

logró el linaje humano con tan estupenda obra; para esto bastará ponderar QUIÉN vino, y por QUIÉN vino: y veis aquí, oyentes carísimos, los dos puntos que debo exponer á vuestra consideracion. No soy capaz de exponerlos dignamente; pero Vos, Virgen santísima, cuya gloria interesa tanto en la declaracion de un misterio en el cual tuvísteis tanta parte, alcanzadme de vuestro sacratísimo Hijo los auxilios que necesito para explicarle á mayor gloria vuestra y del mismo Hijo; á cuyo fin repetirémos con profundo acatamiento la salutacion del Ángel, que os le anunció, diciendo: *Ave María.*

Primera parte: ¿ QUIÉN vino?

6. ¿ Quién para nuestra salud vino del cielo á la tierra? ¿ Quién bajó de la cumbre del empíreo á este valle de lágrimas? ¿ Vino algun príncipe de la corte celestial? ¿ Bajó alguno de los principales ministros del Altísimo, de aquellos ministros que suele Dios enviar á la region de los mortales para poner en ejecucion los grandes designios de su soberano consejo? No: el que vino, el que bajó del mas excelso trono de la gloria, del seno de su eterno Padre á las entrañas de una humilde vírgen, es el Hijo natural de Dios, es el Criador del universo, el Señor de infinito poder y grandeza; es el mismo Dios, como lo tenia mucho antes prometido por boca del profeta Isaías: *Deus ipse veniet, et salvabit vos* ¹. Dió la ley á Israel por ministerio de Ángeles ². Por la voz tambien de Ángeles habló á los Patriarcas, consoló á sus siervos, instruyó al pueblo. Pero para dar una ley de amor que se habia de imprimir, no en tablas de piedra, sino en los corazones humanos; que habia de durar, no por tiempo limitado, sino para siempre: para consolar al humano linaje y animar su esperanza, no ya con promesas temporales ó bienes terrenos, sino con celestiales dones, con premios eternos: para instruirlos en las verdades mas importantes, en la doctrina mas sublime; para esto no convenia que se valiera Dios de la voz y ministerio de Ángeles, sino de las palabras, ejemplos y admirables obras de sí mismo: *Deus ipse veniet*. Al gran profeta y su íntimo amigo Moisés, revistiéndole de un carácter tan elevado como el de vicedios ³, encargó el Señor la libertad del pueblo hebreo, y su conduccion por el desierto: á Josué, digno sucesor de Moisés, heredero de su celo y espíritu, la entrada del mismo pueblo en la

¹ Isai. xxxv, 4. — ² *Accepistis legem in dispositione Angelorum.* (Act. vii, v. 53). — ³ *Ecce constitui te Deum Pharaonis.* (Exod. vii, 2).

tierra prometida. Pero libertar al hombre del duro cautiverio del pecado y de la tiránica opresion del demonio; guiarle seguro por los peligros de este mundo; abrirle las puertas del cielo, y facilitarle la entrada para vivir eternamente en aquella region de gozos y de gloria; era obra tan grande, tan ardua, y de tanta importancia en la estimacion del Señor, que no quiso Dios fiarla á otro, sino ejecutarla por sí mismo. *Deus ipse veniet.* ¿ Y quién pudiera triunfar del pecado y del demonio, sino el que por su esencia es impecable y superior á todas las potestades angélicas? ¿ Quién podia renovar la imágen de Dios sumamente desfigurada y casi borrada en el hombre, sino el mismo que la formó? ¿ Tan digna fue del divino consejo, tan propia de su infinita sabiduría y de su inefable bondad la venida del mismo Dios!

7. Instruidos por superior instinto los antiguos Padres de esta disposicion soberana, y conociendo la suma importancia de su cumplimiento; el grande objeto de sus esperanzas era la venida de Dios al mundo. Por ella suspiraban, á ella se dirigian sus fervorosas ansias y sus continuos clamores. Venid, Señor, decian todos á una voz, venid, y no tardeis. Los gravísimos males que veian y lloraban sin consuelo; el infeliz estado del mundo en todas edades, á pesar de tantos medios con que le habia socorrido la divina clemencia, les hacia desear mas vivamente la venida de Dios como remedio único y eficaz. En efecto, si repasamos en la memoria los cuatro mil años ó mas que discurrieron desde el pecado de nuestro primer padre hasta la venida de Cristo, reconocerémos que inficionado desde entonces el humano linaje, no fue mas el mundo en todo aquel tiempo que un funesto teatro de torpeza, impiedad y vicios los mas execrables, y que la naturaleza humana, segun fue la corrupcion de costumbres, pareció haberse transformado en naturaleza de brutos. Antes del diluvio apenas pudo preservarse de la universal corrupcion mas que la sola casa de Noé: despues del diluvio con dificultad se conservó el culto del verdadero Dios en la distinguida estirpe de Abraham y Jacob. Vino Moisés despues de algunos siglos, enviado de Dios para libertador, legislador y reformador de Israel. Empeñóse, si es lícito hablar así, la divina bondad en el cuidado y proteccion de su pueblo escogido. ¡ Qué prodigios, qué finezas, qué demostraciones no hizo para estrecharle con su amistad y alianza! Pero ingrato siempre y rebelde aquel pueblo endurecido en sus iniquidades, correspondió tan perversamente, que casi no se distinguia del gentilismo sino en las ceremonias exterior-

res. Había echado en sus corazones tan profundas raíces la mas torpe idolatría, que fueron menester muchos siglos para extirparla, y aun despues de restablecido el culto del verdadero Dios, fue tan superficial su observancia, que todo el aparato de la religion judáica casi servia mas de vanidad que de afectuoso rendimiento. Sepultadas las leyes de Moisés en un profundo olvido, despreciadas las voces de los Profetas, y aun los mismos Profetas cruelmente perseguidos, todo era soberbia, todo ambicion, todo injusticia y desórden: del trono, del santuario, del pueblo estaba tan desterrada la virtud, que eran muy raros los verdaderos justos en Israel cuando vino Cristo, verificándose á la letra la queja de Isaías: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas*¹: Desde la planta del pié hasta la cima de la cabeza, esto es, desde la ínfima plebe hasta el mas alto empleo, todo estaba corrompido. Tal fue, amados oyentes, desde Adán hasta Cristo el estado del mundo, siempre sumergido en un abismo de maldades, errores y miserias, segun nos lo pintan los divinos oráculos.

8. Llegó, en fin, la plenitud del tiempo preordinado por la divina providencia para sus altos y piadosos designios; llegó aquel instante feliz en que quiso Dios poner término á tantos males, y enjugar las lágrimas de sus siervos. Envió al mundo su Hijo unigénito hecho hombre. Y veis aquí á poco tiempo el mundo renovado. ¡Qué otro aspecto! ¡qué otras costumbres! Ya no es la tierra funesto teatro de abominaciones, profanado con la sangre de crueles víctimas y sacrificios abominables, sino como un templo universal, donde se ofrece á Dios en todas partes el debido culto en espíritu y verdad. Ya se consagran de todo corazón á Dios los que poco antes ofrecían incienso al demonio: ya se huyen los placeres del siglo, y se truecan con gusto por las asperezas del desierto. Ya se pisan las honras, se desprecian las riquezas, se derrama como á porfía la sangre por el único verdadero Dios, y se ofrece por su amor la vida. La mortificación de la carne, tan repugnante al apetito, se hace suave. La humildad, hasta entonces casi del todo desconocida en el mundo, viene á ser como la virtud dominante. La virginidad, antes oprobada, es noble blason de las matronas mas ilustres. ¡Oh mutacion admirable! ¡oh efectos prodigiosos! ¡Cuál pudo ser la causa de tanta novedad? Es fácil conocerlo: *A facie Domini mota est terra, à facie Dei Jacob*². Vino Dios, y con su venida no pudo menos que comoverse la tierra, y mudar el mundo de semblante.

¹ Isai. I, 6. — ² Psalm. cxiii, 7.

9. Cuando se empezó á predicar este misterio fue la burla de los gentiles, teniendo por locura que Dios hubiera bajado del cielo á la tierra, y se hubiera hecho hombre flaco, pasible, mortal¹. Pero luego que volvieron en sí, reflexionando con mas juicio sobre el mismo misterio, reconocieron en aquella obra el primor mas admirable de la divina sabiduría. Conocieron que para reformar el mundo, y renovar la naturaleza humana, no pudo idearse otro medio, ni tan eficaz ni tan suave. La corrupcion de costumbres, que como un diluvio universal tenia inundado el mundo, nacia sin duda del excesivo afecto á las honras, riquezas y deleites. Lo que importaba, pues, para el pronto y eficaz remedio de tantos males, era apartar el corazón humano de aquellos bienes falaces que tanto tiempo y con tanta fuerza lo habian arrastrado. Para este fin, ¿qué medio tan poderoso como la venida de Dios hecho hombre, con que pudo ver el mundo al Señor de infinita majestad profundamente humillado, sujeto á la pobreza y desnudez, á los mayores trabajos, aflicciones y miserias? Con la sola luz natural llegó á conocer uno de los mas famosos filósofos², que para desterrar del mundo los errores y vicios, de los cuales por desgracia se hallaba dominado el linaje humano, el único medio seria la presencia de un Dios, ó de un número superior que bajase del cielo á la tierra, con cuya sola doctrina se podrian disipar las espesas tinieblas del entendimiento y del corazón humano: ¡pensamiento verdaderamente digno de la profunda meditacion de un sábio filósofo! Pero no llegó ni pudo llegar aquel filósofo con toda la valentía de su ingenio á entender las circunstancias mas admirables del suspirado remedio. Bajó realmente del cielo á la tierra el supremo número; bajó en persona el verdadero Dios, uniendo con su divina naturaleza la humana, haciéndose hombre para conversar con los hombres. No solo dispó con los rayos de su celestial doctrina las tinieblas en que se hallaba profundamente sumergido el mundo, sí que guió al hombre con seguridad por el camino de la eterna dicha: puso á sus ojos los ejemplos de su sacratísima vida, imprimiendo mas altamente con ellos las mas importantes verdades en los pechos de los mortales.

10. Hasta entonces colocaba el hombre toda su dicha en las honras mundanas, en las riquezas terrenas y deleites carnales; al contrario toda su infelicidad en la pobreza, en las penas y humillaciones. Aquellos eran en su estimacion los bienes verdaderos, dig-

¹ Nos autem prædicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam. (*I Cor.* I, 23). — ² Socr. ap. Plat. in Alcib. dial. II.

nos como tales de todo su afecto; estos los verdaderos males que debian aborrecerse y huirse con el mayor conato. Tan perniciosas como falsas ¹ eran las balanzas del juicio humano. Vino el Hijo de Dios: esparció en la tierra las luces de su infalible doctrina, y confirmándola con sus ejemplos, descubrió el fatal engaño de los hombres. Hizo el verdadero juicio del mundo ², dando á las cosas, no el valor y precio que habian tenido, sino el que debian tener en la justa estimacion. *Reprobó lo malo, y eligió lo bueno* ³. ¿Qué reprobó? ¿Por ventura los trabajos, la mortificacion, la pobreza y humildad que tanto aborrecian los hombres? Antes bien estas fueron las que eligió para sí, rehusando y despreciando las honras, las riquezas, los placeres y comodidades que tanto amaban. Luego no son estos sino aquellos los verdaderos bienes que merecen nuestro afecto. Esta es la gran consecuencia que pudo sacar el mundo de la venida de Dios. Esta es la verdad mas importante que imprimió el mismo Dios con su venida en el corazon humano. Esta es la gran máxima, el gran documento, que reformando los errados juicios de los hombres, les trajo el suspirado remedio de sus males, y les facilitó la verdadera dicha, de que se hallaban tanto mas distantes cuanto se imaginaban tenerla mas cerca. ¡Felices los que supieron aprovecharse de tan útil desengaño! ¡Infelices aquellos que cerrando los ojos á tan clara luz por haberse dejado cegar absolutamente con la fuerza de sus pasiones, no supieron, ó ingratisimos no quisieron aprovecharse de tan grande beneficio! Para estos, aunque haya venido Dios, y aunque crean su venida para el mayor bien de la naturaleza humana, podemos decir con san Bernardo que vino como si no hubiera venido.

Segunda parte: ¿Por QUIÉN vino?

11. Visteis, amados oyentes, la suma importancia de la venida de Dios al mundo. Para mejor conocer la grandeza del beneficio, y excitar en nuestros corazones el mas profundo reconocimiento, consideremos ahora *por quién vino*. ¿Por quién bajó del cielo á la tierra el Hijo de Dios, Dios verdadero, de infinita majestad? ¿Por quién quiso hacerse hombre mortal y pasible? ¿Por quién quiso encerrarse nueve meses en las entrañas de una humilde vírgen? ¿Por quién se sujetó á la pobreza y desnudez, á los trabajos, á los tor-

¹ Mendaces filii hominum in stateris. (*Psalm. LXI, 10*). — ² Nunc iudicium est mundi. (*Joan. XII, 31*). — ³ Ut sciat reprobare malum et eligere bonum. (*Isai. VII, 15*).

mentos y á las mayores miserias? Está dicho luego. Por nosotros bajó del cielo, por nosotros vino á este mundo, sufrió indecibles penalidades por nosotros. Así lo canta con suma gratitud, y nos lo recuerda cada dia la santa Iglesia ¹. Nuestro amor fue quien le trajo del altísimo trono de la gloria á este teatro de miserias, del seno de su eterno Padre á las entrañas de una pobre doncella. Por nosotros vino y para nosotros; porque nos le envió su celestial Padre, segun la expresion del Profeta ², como prenda de su amor. *Por nosotros nació el Niño, y á nosotros se nos dió el Hijo*. No se puede decir mas, para encarecer el amor de Dios; y efectivamente con esta expresion le encareció el Salvador: *Tanto, dice, amó Dios al mundo, que dió su Hijo unigénito* ³.

12. Se asombra el real Profeta de los favores que habia dispensado Dios al hombre, considerando que ya en su creacion le habia dado, no solo un delicioso paraíso, sino toda la tierra, cuando de toda ella le hizo dueño, sujetando á su imperio las plantas, los animales, y todo lo que en sí produce y mantiene. ¿Quién es el hombre, decia, para distinguirle con tantas finezas ⁴? Mas por grandes que fuesen aquellos beneficios, ¿qué comparacion pueden tener con los que nos hizo Dios en la Encarnacion? Allá dió al hombre la tierra con sus producciones y riquezas; aquí le dió su propio Hijo, y con él todas las cosas, dice el Apóstol ⁵. Cuando le dió el imperio de la tierra, se hallaba el hombre en el estado feliz de la inocencia: conservaba pura en su alma la imágen y semejanza de Dios: era hijo y amigo de Dios por la gracia; pero cuando envió su Hijo al mundo, corrompida la naturaleza humana con los vicios y pasiones que dominaban, se hallaba el hombre siervo del pecado, esclavo del demonio, hijo de la ira, enemigo de Dios: *Cum inimici essemus* ⁶. Y en este vilísimo estado logra que por él y para él envíe Dios á su propio Hijo: *Ut Filium suum unigenitum daret*. ¡Oh fineza imponderable! ¡oh excesos del divino amor! Confesemos con san Pablo ⁷, que tanta fineza solo pudo ser efecto de un amor excesivo: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos*.

¹ Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis, etc. (*Symbol. fidei*).

² Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis. (*Isai. IX, 6*).

³ Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (*Joan. III, 16*).

⁴ Quid est homo quod memor es ejus? (*Psalm. VIII, 5*).

⁵ Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit? (*Rom. VIII, 32*).

⁶ Rom. V, 10. — ⁷ Ephes. II, 4.

13. ¿Qué corazon, amados oyentes, qué corazon, digo, por duro que sea, no se derretirá con fervorosos afectos á vista de un amor tan grande? Averguénzate, hombre, clama el Padre san Agustín, si no amas con todo tu afecto á quien tanto te amó; si no entregas tu corazon á quien te dió su propio Hijo, y con él todos los tesoros del cielo, todas las riquezas de su infinita sabiduría, todas las cosas, pues todas están en él: *Cum illo omnia nobis donavit*. Nos dió á su Hijo unigénito, cuando éramos aun sus enemigos: *Cum inimici essemus*. ¿Y nosotros no le daremos nuestro corazon, ó le negaremos nuestro amor, despues que se nos mostró tan fino, tan liberal, tan amante? ¿Quién no se avergonzará de tan villana ingratitud? *Pudeat non redamare pro tanto amore*.

14. Si es tan digno de todo nuestro reconocimiento el amor de Dios, por habernos enviado del cielo su propio Hijo, ¿cuánto mas, atendido el fin para que le envió? Vino el Hijo de Dios á librarnos del pecado, á rescatarnos de la durísima esclavitud en que nos tenía cautivos el demonio, á comprarnos con su preciosa sangre. Vino, por decirlo de una vez, para salvarnos, y hacernos eternamente felices. Para este importantísimo fin podía escoger otro de los innumerables medios que tiene reservados en su infinito poder y sabiduría. El que crió de la nada el cielo y la tierra con un solo *fiat*, el que con solo su querer formó al hombre, podía salvarle sin tanto dispendio. Pero quiso manifestar su amor con el medio mas costoso á sí mismo; quiso venir al mundo en persona, tomar una naturaleza mortal y pasible, estrecharse en las entrañas de una vírgen, nacer niño pobre y desnudo, sujetarse á los mayores trabajos, penas y miserias.

15. Los gentiles, que no podían entender, ni los altos fines de la divina providencia, ni las finezas imponderables del divino amor, solían hacer este argumento contra el misterio de la Encarnacion: Si Dios es omnipotente, y como tal tiene en su mano infinitos medios con que sacar al hombre de su infeliz estado, y darle la suspirada salud, ¿por qué se había de humillar tanto? ¿por qué tantas penalidades y afrentas que desdicen de la divina Majestad? Sería, oyentes carísimos, curiosidad peligrosa querer indagar los inescrutables juicios de Dios en tan alto misterio, en que de todas partes no se ve sino un piélago inmenso, no solo insondable al discurso humano, sino á la penetracion del mas elevado Querubin. Venerando, pues, con humilde respeto los profundos arcanos de la divina sabiduría en el misterio de la Encarnacion, bastará por toda

respuesta al argumento de los gentiles la razon del Apóstol: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos*: Por el excesivo amor con que nos amó Dios, escogió para salvarnos el medio á sí mismo mas costoso. No era necesario ni tan profundo abatimiento ni tan asombrosas penas; pero así quiso manifestar su amor á los hombres. Tanto nos amó, tanto estimó nuestra salud y felicidad, que por ella bajó del cielo á la tierra, tomó nuestra naturaleza, se sujetó á la pobreza y desnudez, al hambre y sed, á las mayores fatigas, mortales agonías, atrocísimos tormentos y muerte afrentosa. Excesos fueron estos en un Dios de infinita majestad: ¿quién puede negarlo? Excesos fueron realmente; pero excesos de amor: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos*. Considerando las finezas de tan excesivo amor, ¿qué corazon será tan duro, tan insensible, tan ingrato, que no se rinda gustoso á un Dios tan amante y tan benéfico? ¿Y quién dejará de mostrarse sumamente reconocido á la Vírgen santísima, por quien y en quien se obró aquel admirable misterio?

Tercera parte: ¿En QUIÉN se obró tan adorable misterio?

16. Ya es tiempo, Madre gloriosísima, de volver á Vos nuestra consideracion. Vos fuisteis realmente la que trajsteis del cielo á la tierra al Hijo de Dios con vuestra pureza, con vuestra humildad, con vuestra perfeccion sublime que mereció á los divinos ojos la mayor estimacion. Enamorado de vuestra espítual hermosura, quiso entrar en vuestras virginales entrañas, y tomar en ellas la naturaleza humana, uniéndola con la divina en una misma persona. Para este fin envió antes un celestial paraninfo, un Ángel de superior jerarquía, que os anunciase las altísimas disposiciones del divino consejo. Con el respeto debido á la que había de ser luego Madre de Dios, y como tal Reina de los Ángeles, os declaró el celestial mensajero el profundísimo misterio que se había de obrar en vuestro tálamo, para el cual solo se esperaba vuestro consentimiento. Le disteis, en fin, despues de instruida perfectamente, pronunciando aquellas gravísimas y dulcísimas voces: *Hágase en mí segun tu palabra: Fiat mihi secundum verbum tuum*¹. ¡Oh *fiat!* exclama lleno de admiracion el devotísimo siervo de María santo Tomás de Villanueva². ¡Oh! cómo se conoce la prodigiosa virtud que puso Dios en vuestros labios, queriendo que la eficacia de vuestra pala-

¹ Luc. 1, 38. — ² Thom. Villan. Conc. III in Annunt.

bra imitase la de la suya. Con un *fiat* de Dios fue formado el mundo; con un *fiat* de la Virgen se obró el misterio de su reformation. Dijo Dios ¹: Hágase la luz, y fue luego hecha la luz: hágase el firmamento, y fue hecho el firmamento: háganse las dos lumbreras del cielo que han de iluminar la tierra, y fueron hechas y colocadas en su eminente lugar estas lumbreras. Dijo la Virgen: Hágase en mí el declarado misterio, y se obró luego este misterio, con el cual logró el mundo la luz clarísima que le ilustró, el sol divino que trajo la verdadera salud, el firmamento de la Iglesia que es el único seguro apoyo de nuestra confianza. Aunque estaba determinada tan estupenda obra por divina disposicion, no quiso Dios que se hiciera sin el *fiat* de la Virgen.

17. Ponderése con razon la virtud y eficacia de la voz de Josué, que hizo parar el sol en su carrera ²: la del Apóstol, que levantó á un paráltico ³, y resucitó á un muerto ⁴. Fueron estas á la verdad obras maravillosas y testimonios auténticos del singular aprecio que merecieron á Dios aquellos fieles siervos, á cuya voz comunicó tanta fuerza. Pero ¿qué comparacion pueden tener tales obras, ni cuantas han hecho prodigiosamente los ministros del Altísimo, con la que se ejecutó en las entrañas de María? Este fue un portento que ni vieron jamás ni pudieron ver los siglos; un misterio escondido á las mas altas inteligencias; una obra que solo pudieron anunciarla con asombros los mas ilustrados profetas. Dios hecho hombre; la naturaleza divina unida con la humana en una misma persona; el Señor de infinita majestad por su naturaleza inmortal, invisible, omnipotente, inmenso, hecho niño flaco, pasible, mortal, estrechado en las entrañas de una vírgen: ¿qué maravilla puede igualarse á esta? Pues esta gran maravilla fue la que se obró con el *fiat* pronunciado por la boca de la misma Virgen. Bien pudo Dios ejecutarla sin intervencion de su consentimiento; pero para manifestar al mundo la sublime dignidad á que la exaltaba, y la singularísima estimacion que le merecia, no quiso que se efectuase sin su consentimiento expreso. El autor principal de tan admirable obra fue sin duda el Omnipotente; y así lo confesó la misma Virgen, cuando dijo que el Todopoderoso le habia hecho cosas grandes ⁵. Así fue realmente, y así debemos confesarlo, instruidos por la infalible doctrina de nuestra santa Religión, que no permite atribuir semejantes prodigios sino á la divina virtud. Por la virtud del Altí-

¹ Genes. 1, 3. — ² Josue, x, 12. — ³ Act. III, 6. — ⁴ Ibid. IX, 40.

⁵ Quia fecit mihi magna qui potens est. (Luc. 1, 49).

simo se obró el gran misterio de la Encarnacion; pero no quiso Dios obrarlo sin el consentimiento, sin la voluntad, sin el *fiat* de María; verificándose aquí lo que se dijo por última ponderacion en otro caso, que se dignó Dios de obedecer á la voz de una criatura ¹: mas ¿de qué criatura? De aquella que luego habia de ser su Madre, á quien se sujetó el Criador, como verdadero hijo el mas humilde ². ¡Oh dignacion admirable de la divina bondad! ¡oh privilegio de la Virgen verdaderamente imponderable! ¡oh consentimiento digno de la gratitud eterna de los mortales, que tanto bien consiguieron por él! ¿Quién será capaz, decia el Padre san Agustin ³, de tributar á la Virgen María ni las gracias, ni las alabanzas que se le deben por haber socorrido al mundo con su asenso sacando al humano linaje de su infeliz estado á la suspirada salud y felicidad?

18. Correspondamos, pues, amados oyentes, correspondamos profundamente agradecidos, correspondamos con fervorosa devocion á nuestro buen Dios, que por un exceso de su amor hizo tanto por nosotros, y á la Virgen Madre, por quien quiso que lográsemos tan preciosos efectos de su infinita bondad. Manifestemos nuestro justo agradecimiento con himnos y alabanzas, con devotos obsequios, y sobre todo con obras virtuosas, cumpliendo en toda la voluntad del Señor que tanto nos ha favorecido, y de su Madre santísima, por cuyo medio hemos recibido tan grandes beneficios. Así podrémos esperar con su intercesion poderosa los dulces frutos del sacratísimo misterio que hoy celebramos, logrando en esta vida la divina gracia, y en la otra la gloria por toda la eternidad. Amen.

¹ Obediente Domino voci hominis. (Josue, x, 14).

² Et erat subditus illis. (Luc. II, 51).

³ O Beata Virgo Maria, quis tibi digne valeat jura gratiarum ac laudum præconia rependere, quæ solo tuo assensu mundo succurristi perditio? (Serm. XVIII, de sanct. Aug. trib. ed. nov. serm. CXCIV, in append.).